

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
Pesetas.	
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar.....	5 pesos
CORRESPONSALES	
25 números de El Motín.....	2,50
Idem del Suplemento.....	0,75
NÚMERO DE EL MOTÍN	
15 céntimos.	



ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe.
Los librerías y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.
La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTRO DE SUSCRIPCIÓN
En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO
5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

¡CANELA!

Un joven apodado así, que construía á la perfección jaulas para encerrar grillos á fuerza de no haberse ocupado jamás en otra cosa, se vió liado en un proceso y fué á dar con sus huesos á un presidio.

Desconociendo por completo las costumbres del establecimiento, acercóse una tarde al apartado sitio donde jugaban al cané las notabilidades del crimen, bajo la protección y salvaguardia del Zurdo, célebre criminal, según rezaba su extensa hoja de servicios.

Al ver acercarse á Canela, el Zurdo le dijo con la indiferencia de la superioridad: ¿Adónde vas tú?

—Adonde están esos—respondió cándidamente el otro.

—Ahí no se acercan los *chivatos*.

—¿Y por qué?

—Porque no. Pero basta ya de palabras. Vete.

—Déjeme usted un ratito.

—Que no, digo. De *najencia*.

Y al observar que Canela no se movía, el Zurdo, seguro del efecto que iba á producir, le dijo mirándole de soslayo, mientras con el meñique de la izquierda quitaba la ceniza al puro que en la mano tenía: —¿Tú sabes quién soy yo?

—No, señor; ni me hace falta.

—Pues... yo... soy... el Zurdo—exclamó pausadamente, y arrugando un si es no es el entrecejo.

Al oírlo el novato, encogióse de hombros y replicó: —¡Toma! ¡Pues yo soy Canela!—como diciendo: cada uno es quien es.

Pero el otro no lo entendió así. Para que un hombre se atreviera á decirle cara á cara á él, el Zurdo, cuya fama volaba por todos los presidios de España y de Africa, ¡yo soy Canela!, preciso era que aquel hombre fuese más criminal, más valiente y más renombrado que él. ¿Y cómo confesar delante de los suyos que no lo conocía, que no estaba al tanto de las hazañas de todos los matones habidos y por haber? ¡Nunca! Tal deshonra no podía empañar su nombre.

Estas razones, y el observar que Canela se había aproximado al grupo de jugadores sin hacerle maldito el caso, le dieron la medida de lo bravo que era, y acercándose á él, le dijo entre admirado y sumiso:—Siendo usted Canela, no hay más que hablar. Haga usted lo que guste, y dígame en qué puedo servirle—atención á que el otro no contestó siquiera.

Al acabar la timba, los jugadores vieron con extrañeza que el Zurdo, que á nadie había respetado nunca, partía religiosamente el importe del barato con aquel desconocido; y ya iban á interrogarle, cuando él se acercó á los más bravos y les dijo en tono confidencial y haciendo gala de erudición presidiaria: ¡Es Canela! Examinaron todos con cierta admiración no exenta de temor al hombre á quien el Zurdo tanto consideraba, y se retiraron á sus cuadras exclamando: ¡Es Canela, es Canela!, sintiéndose entusiasmados de tener por compañero á tal celebridad.

Al día siguiente corrían ya de boca en boca por el presidio los antecedentes heroicos y penales de aquel que nunca tuvo unos ni otros, y por donde quiera que iba le señalaban con el dedo, cuidando de que no lo advirtiera por sí le molestaba, murmurando todos: ¡Es Canela! ¡es Canela!

Satisfecho de aquellas consideraciones, mas sin darse cuenta de por qué se las guardaban, Canela cumplió los años de condena sin dejar un día de cobrar la mitad del barato; y cuando salió libre dejando en el presidio una leyenda de heroicidades, diz que echaba de menos la influencia y autoridad que entre sus ex colegas había tenido.....

Salvando todo lo odioso de las comparaciones, ¿no les parece á nuestros lectores que hay gran parecido entre Canela y el Sr. Salmerón?

Como el primero en hacer jaulas de grillos, el segundo era una especialidad en metafísica y filosofía krausista; pero nada más.

Para probar que el país no estaba avasallado por su fama, ni admirado de su sabiduría, basta con recordar que no vino diputado á las Constituyentes de la Revolución, aun cuando pertenecieron á ellas todos los que tenían alguna significación, algún nombre, ó habían prestado algún servicio á la causa de la libertad.

Cuando más tarde consiguió un acta de diputado y habló en el Congreso con la elocuencia viril que acostumbra, los republicanos que cobraban el barato de la popularidad por su propaganda, su talento y su historia llena de sacrificios, lo colocaron á su lado, diciendo á todos los que preguntaban por sus antecedentes políticos: ¡es Salmerón! ¡es Salmerón!, como el Zurdo decía: ¡es Canela! ¡es Canela!

Y desde entonces Canela, digo, Salmerón, se vió rodeado de grandes respetos, ejerció grandes influencias y no hubo cualidad alta que no le atribuyesen, ni cargo que se creyera superior á sus merecimientos, acabando por elevarle al primer puesto de la República.

Mas ¡ay! que esto le perdió, como hubiera perdido á Canela el verse obligado á justificar su valor en cualquier trance difícil; pues apenas se encontró solo y tuvo que obrar por su cuenta, comenzó á demostrar que el ser un gran filósofo, un gran metafísico y un gran orador, no basta para gobernar acertadamente un país.

Comprendiólo así, y para no acabar de desacreditarse, pronunció frases sublimes, preparó caídas teatrales y se echó de encima los cuidados y responsabilidades del gobierno en los momentos que la nación se desgarraba, la República caía y el edificio de la libertad, levantado por tantos esfuerzos, se desmoronaba á los golpes del sable de un soldadote oscuro.

Después, utilizando el prestigio que aun conservaba para aquéllos que se dejan imponer sin discusión los nombres y las ideas, se afilió al partido revolucionario; y el hombre que estaba á su frente, olvidando pasadas enseñanzas, partió con él la jefatura, y dijo á los que le seguían: ¡es Salmerón! ¡es Salmerón!, continuando así hasta que sucesos tristes volvieron á exigirle resoluciones energías y declaraciones francas, pues entonces resultó... lo que hubiera resultado si á Canela se le presenta un conflicto en el presidio donde sin condiciones dominaba.

Ahora bien: puesto que aun hay algunos españoles, optimistas ó interesados, que lo señalan con el dedo á la admiración de los republicanos, diciendo: ¡es Salmerón! ¿sería grave delito en nosotros el hacer esta pregunta?: Como político, como estadista, como revolucionario, como hombre de carácter, que es, en suma, de lo que aquí se trata y en el terreno que lo juzgamos, ¿quién es Canela?

FLOR DE UN DÍA

Nos disponíamos á juzgar la situación á que tras tantos pujos de entereza y alardes de energía han traído al general Cassola sus transacciones y arrepentimientos, cuando vemos en nuestro colega *El Ejército Español* un artículo con el título de *Ministro muerto*, que de mano maestra lo retrata.

Después de describir el prestigio que alcanzó al plantear el problema de las reformas militares resuelta y valientemente, pues como dice, y con razón, el articulista, «en esta tierra del Cid todo lo que es jaque entusiasmo, y las gentes dijeron: el general Cassola es un carácter», es decir, un guapo, un hombre, preguntase cómo ha venido á dar en esa flexibilidad y ductilidad extremas, que le obligan á solicitar auxilios extraños y mendigar particulares benevolencias.

La explicación es sencilla: el ministro de la Guerra no posee las cualidades que aparentaba tener, y que le atribuía el entusiasmo inconsciente, y tras su aparente dureza de diamante, se ocultaba la blandura de la cera.

Por eso, aun cuando sus proyectos no se votaron en la anterior legislatura, ni se votarán en la presente, nada,

dice, ocurrió con tal motivo. «El general siguió cobrando patrióticamente su sueldo.»

Y después de pintar el enfriamiento de la adhesión de los demócratas al general, asegura que éste, en su afán de satisfacer su vanidad de reformador, oyó pérfidos consejos; y dejando á un lado sus altiveces, buscó el pacto con los enemigos declarados y transigió, ó mejor dicho, se rindió en los puntos más culminantes.

«Entonces, añade, las gentes de esta tierra del Cid creyeron que le habían mojado la oreja, y como todo el prestigio del general consistía en ser un carácter, derumbóse por el suelo en cuanto surgió la componenda.»

En efecto, la opinión ve en el general Cassola más amor á la cartera que á los principios y un fusionista más, atento sólo á prolongar su vida ministerial, si quiera sea implorando la caridad de sus enemigos.

Pero éstos se la niegan, y, como dice *El Ejército Español*, «sólo podrá ir flotando hasta que le escupa el portillo de la primera crisis.»

¿Qué diferente hubiera sido su salida del ministerio si hubiera dimitido por no ceder un ápice! Hubiera sido entonces el guerrero que cae abrazado á su bandera. Hoy la deja hecha jirones en manos de sus enemigos, y el decreto en que se le conceda la cesantía será la única mortaja de este ministro muerto, que pronto descansará en el panteón del olvido.

LABOR PATRIÓTICA

A los inocentes y á los fetichistas que se lamentan de que algunos periódicos, entre los cuales tiene el honor de contarse EL MOTÍN, censuren la conducta de los jefes republicanos, recomendamos la lectura de *La Justicia*, órgano del *dolorosamente sorprendido*, periódico que no deja pasar día sin disparar bala rasa contra el señor Ruiz Zorrilla y los que le siguen; y también lo siguiente, que revela cómo entiende el jefe de los federales la fraternidad que tanto decanta su partido.

El miércoles por la noche se verificó en el Casino democrático popular una velada en honor á la memoria del Sr. Sorní.

Por la tarde, el presidente del Círculo, al frente de una comisión, se presentó al Sr. Pi para rogarle que excitase á algunos de sus correligionarios á que asistiesen á la velada, á fin de que en ésta figurasen republicanos de todas las procedencias.

El Sr. Pi, sin acceder ni negarse á la pretensión, aprovechó la oportunidad para decir que en el Casino democrático popular se hace política zorrillista, y para declarar que le separa un abismo del Sr. Ruiz Zorrilla, al cual calificó con tres adjetivos durísimos.

La comisión, de que formaban parte dos zorrillistas y tres federales, salió de casa del Sr. Pi hondamente impresionada, pero con la esperanza de que asistiesen á la velada algunos federales. Y, efectivamente, éstos no concurrieron ¡á pesar de que el acto se celebraba para honrar la memoria de un individuo del Consejo federal!

En vista de esto y de lo que sabemos acerca del odio profundo que se profesan Salmerón y Castelar, de lo que éste dice de Pi, y de lo que Pi piensa de ambos, necio es el que exija de nosotros respeto para las pequeñeces de esos grandes hombres.

Si ellos, en cuyas manos está la suerte de los republicanos, no saben renunciar á sus odios y á sus envidias en bien de la patria, ó disimularlos siquiera, ¿se pretende que nosotros, los que nada valemos ni significamos, como no sea por nuestro amor á la República, acallemos los gritos de indignación que su torpe conducta nos arranca?

Nunca. Y continuaremos en nuestra labor patriótica, extremando cada vez nuestros ataques, hasta que el pueblo conozca bien á los autores de sus desgracias pasadas, á los culpables de sus males presentes y á los que le cierran sistemáticamente las puertas del porvenir.

EL MOTIN



El David popular y el Goliat de la elocuencia.

